LIBROS

Natalia Mendoza
EL EXTRAVÍO DE LOS SIGNOS. ENSAYOS SOBRE DUELO Y PORVENIR

Erika Pani
LAS MUJERES DEL IMPERIO. SOLDADERAS, ESCRITORAS Y EMPRESARIAS EN MÉXICO

Ángel Jaramillo Torres
DONALD TRUMP Y LA REBELIÓN EN LA GRANJA. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA DETRÁS DE LA "NUEVA DERECHA" NORTEAMERICANA

Wilfrido H. Corral
NUEVA CARTOGRAFÍA OCCIDENTAL DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA

Mito Reyes
KOPK POJ: EL ALIENTO DE LA MONTAÑA

Enrique Serna
EL DIOS HAMBRIENTO

ENSAYO

Todos los signos de lo indescifrable

por **Aniela Rodríguez**



Natalia Mendoza
EL EXTRAVÍO DE LOS SIGNOS. ENSAYOS SOBRE DUELO Y PORVENIR
Cáceres, Periférica, 2026, 240 pp.

En 2022, México superó la cifra de 100 mil personas desaparecidas desde 1964, año en que comenzó el registro en activo. Solo para contextualizar, el 80% de esos casos había ocurrido a partir de 2006, lo que *coincidió* con la llegada al poder de Felipe Calderón y el inicio de la fallida guerra contra el narcotráfico. Según un informe de la Plataforma Ciudadana de Fosas, para mayo de 2026 se contabilizaban al menos 72 mil cuerpos sin identificar que, hasta entonces, estaban bajo resguardo de distintas instituciones del Estado.

Setenta y dos mil cuerpos sin signo: ni una sola pista que les permitiera reconciliarse con su condición humana y finita. Narrar nuestras ausencias importa en la medida en que, a través de la memoria, somos capaces de reinterpretar los signos que nos son dados. Es precisamente ese uno de los temas que Natalia Mendoza explora en los cinco textos que componen *El extravío de los signos*. La muerte necesita de los signos para volverse legible: un cuerpo que pueda ser reconocido, una tumba como signo topográfico que marque el inicio y el fin de un ciclo. En este sentido, la sepultura, el ordenamiento ritual de los cuerpos, es, más allá del designio, una forma de volver a ordenar el mundo. A partir de una suerte de tratado topográfico del duelo, Mendoza (Ciudad de México, 1981) reafirma la condición *in fieri* de la desaparición forzada: mientras no encontremos a nuestros desaparecidos, mientras no tengamos la posibilidad de devolverlos a su huella primigenia, mantendremos el dolor latente de lo que ya ocurrió. Es desde el pueblo de Altar, en el desierto de Sonora, que Mendoza finca su trabajo como antropóloga y, me atrevo a lanzar el anzuelo, cronista de la complejidad y del vacío. Los cinco textos de *El extravío de los signos* van desde la dolorosa labor de las madres buscadoras hasta la ineficacia de los relatos forenses para narrar nuestras desapariciones, todo desde el desierto: aquel espacio geopolítico tan hermanado con la incertidumbre y el vacío.

En el ensayo que abre el libro, Mendoza se da a la tarea de diseccionar el papel del adivino como intérprete de los signos. A través de la desarticulación del vocablo griego *sema* (que, apunta la autora, puede significar *signo*, *señal*, *estandarte* o incluso *tumba*), la antropóloga hace un análisis semiótico que culmina en cómo la ausencia de un cuerpo es,

también, la falta de un signo; uno que permita reconocerlo y devolverle su capacidad de *narrarse o ser narrado*. De reconocerse en el otro. Así, Mendoza recurre a la tragedia griega para poner sobre la mesa el paradigma de la ausencia de signos; a través de una relectura de *Antígona* (y bajo una óptica bastante distinta a la que comúnmente se ha utilizado para hablar de esta obra), la escritora pone el ojo en la figura de Tiresias, el adivino capaz de interpretar las señales (los *semas*) del porvenir. En la obra de Sófocles, Creonte decide negar la sepultura a Polinices y ordena dejar su cuerpo a la intemperie, para que sea la carroña la que decida su destino. Antígona, en cambio, se empeña en cumplir con el ritual fúnebre: cubrir el cuerpo de su hermano con apenas una mínima capa de polvo, un gesto capaz de devolverle dignidad y restituir el orden entre los vivos y los muertos, ante lo cual es encerrada por Creonte y condenada a *bajar al Hades en vida*.

Es entonces cuando aparece Tiresias para advertir al gobernante. La interrupción del ritual ha trastocado el orden simbólico de la muerte: los dioses se niegan a recibir los sacrificios ofrecidos y los augurios se vuelven volátiles e inescrutables. Todo ciego necesita de un guía que le muestre el camino por delante, y es a partir de ello que podemos comprender lo que Tiresias trata de decirle a Creonte: más que devolverle la dignidad al cuerpo fallecido, el ritual fúnebre permite restituir las condiciones que abren el universo del vaticinio. Para interpretar los signos del futuro, es necesario dar forma a los signos del presente.

Es especialmente interesante la forma en la que Mendoza vincula la figura de la madre buscadora con el oficio de Tiresias; la vuelve, a un mismo tiempo, tanto receptáculo del duelo como vidente por necesidad. En la madre buscadora, así como en la figura del adivino, persiste la pulsión de una actividad creadora, porque busca iluminar de sentido un horizonte infinito de posibilidades, todas abiertas hacia la nada de la desaparición. En el apartado "La varilla vidente" (que refiere a esa suerte de bastón con el que las madres buscadoras perforan la tierra buscando un rastro, un *algo de algo*), la figura de Tiresias comienza a tomar más forma. Con ayuda de la llamada varilla vidente, las madres buscadoras perforan la tierra para saber si hay rastros de cuerpos debajo de ella. Entre esa disímil frontera entre el tacto y la vista, que palpa donde nuestras manos no pueden y mira hasta donde nuestra vista ya no llega, las madres buscadoras auscultan el territorio para reconstruir la historia de sus seres queridos. Al poner en pausa su propio dolor y asumir la labor que el Estado les ha negado (el acceso a la verdad forense), operan con lo mínimo posible; son ellas quienes cargan con la criminalización que pesa sobre los buscados; son ellas quienes deciden partir el territorio y adivinar las señales que en él se inscriben, sin importar si vienen de un informante o de una intuición que roza lo sobrenatural. Es su dolor el único capaz de redimir a los desaparecidos, sigue Mendoza; en ellas desaparece el peso del estigma y se transforma en una fuerza re-creadora. La posibilidad de colmar un vacío ya de por sí casi incapaz de llenarse.

En la adivinación de los signos forenses, en la búsqueda ritual de los cuerpos para darles una sepultura digna, hay una especie de acto hermenéutico: la búsqueda de una respuesta abreva de todos los signos disponibles. Se busca a alguien con la esperanza de encontrarlo, pero también por la necesidad de dignificar lo que hasta ahora es solo su fantasma. Sin un rostro y un nombre, sin las huellas (los signos) necesarias para aprehender aquel porqué, el mundo de las interpretaciones se cierra y el sentido se clausura. En ese mismo tenor, Mendoza habla sobre el poder de la metáfora, ya no solamente como una categoría literaria, sino como una distensión del universo de lo posible: "solo la metáfora permite que el mundo respire, se expanda, se contraiga y cambie". Según Derrida, una de las tantas formas en las que puede definirse un signo es a través de la relación entre la presencia y la ausencia. Quienes buscan a un hijo desaparecido están en pleno simulacro de esa presencia. El vacío que se siente al pronunciar la palabra desaparecido está atado a la inmanencia de su realidad material; es por eso que la imposibilidad de completar los rituales de la muerte, de reconocer el fin de una vida en los ojos del otro, provoca una escisión entre el desaparecido y quien lo busca, si es que alguien lo hace. La metáfora, entonces, no puede interpretarse. Quien busca se convierte en un hermeneuta de la ausencia, en alguien que intenta leer las huellas que el desaparecido ha dejado detrás de sí.

"Lo único peor que desaparecer es desaparecer y que nadie te busque", asegura Mendoza en una línea capaz de rompernos en dos. La ineficacia simbólica para narrar la violencia y la consecuente inestabilidad de los mecanismos que contienen sus daños son los hilos de los que se sostiene *El extravío de los signos*. Como la misma autora admite en su prefacio, las nociones sobre el narcotráfico y el crimen organizado en México se han quedado cada vez más huecas y, al momento, resultan insuficientes para explicar la complejísima naturaleza de la violencia en nuestro país. Una buena parte de la crisis de las desapariciones tiene que ver precisamente con que emergen del universo de lo ilícito: sus causas, relaciones y consecuencias parecieran imposibles de simplificar o de enunciar en forma concreta.

Buscar a los desaparecidos, dice Natalia Mendoza, no solo les regresa la dignidad de contar con un

cierre ritual, sino que ayuda a darle continuidad a su relato individual, hasta entonces abierto al abismo. A resignificar las vidas, dándoles un *lugar-adonde-llevar-flores*. Pasando del duelo a la rabia y de la voracidad del tiempo a la paulatina reconstrucción de la memoria, *El extravío de los signos* es un libro luminoso, aún con todo su dolor. Son las madres buscadoras quienes han puesto ahí la luz. ~

ANIELA RODRÍGUEZ (Chihuahua, 1992) es escritora. Autora del libro *El problema de los tres cuerpos* (Minúscula, 2016), realizó la selección de la antología *Hasta mi boca, un grito* (Gato Blanco, 2026).

HISTORIA

El siglo XIX en clave femenina

por **Rafael Rojas**



Erika Pani
LAS MUJERES DEL IMPERIO. SOLDADERAS, ESCRITORAS Y EMPRESARIAS EN MÉXICO
Ciudad de México, Siglo XXI, 2026, 200 pp.

Este libro se titula *Las mujeres del imperio*, pero, como los buenos libros, su contenido rebasa lo que anuncia el título. El volumen escrito por Erika Pani es una reflexión amplia y documentada sobre las mujeres en el siglo XIX mexicano, desde la consumación de la independencia hasta la República Restaurada.

Desde las primeras páginas la autora hace consideraciones pertinentes sobre el déficit historiográfico que se arrastra sobre el papel de las mujeres como protagonistas de la historia social y económica, política y cultural del México decimonónico. Acepta Pani el avance que ha habido en los últimos años en el reconocimiento de las mujeres en el panteón heroico de la nación. En billetes del peso mexicano, en discursos del Grito de Independencia en Palacio Nacional, en las mañaneras y en la iconología de la 4T, han ganado visibilidad sor Juana Inés de la Cruz, Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario, Gertrudis Bocanegra, la Güera Rodríguez o la esposa de Benito Juárez, Margarita Maza.

Pero apunta que ese equilibrio de género en el panteón heroico no necesariamente revierte la relegación más profunda de las mujeres en el relato nacional. Avances más sustanciales pueden localizarse, no en el discurso oficial sino en la historia académica, donde en fechas recientes se ha explorado la forma en que las mujeres se involucraron en la construcción del México republicano, por medio de la actividad empresarial, la participación activa en más de mil quinientos pronunciamientos militares y en cada bando la larga guerra civil mexicana, de más de veinte años, entre la Revolución de Ayutla y el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas.

A lo largo del libro, Pani glosa esa historiografía profesional, fundamentalmente, de mujeres sobre mujeres, en el siglo XIX mexicano. Pilar Gonzalbo Aizpuru, Gabriela Cano, Silvia Marina Arrom, Beatriz Alcubierre, Susana Sosenski, María José Esparza Liberal, Aurora Gómez Galvarriato, Angélica Velázquez Guadarrama, Diana Irina Córdoba Ramírez, Alma Parra Campos, Ana Lidia García Peña, Claudia Ceja Andrade, Esther Acevedo e Ixchel Delgado Jordá son algunas, solo algunas de las historiadoras comentadas.

En algún momento, cuando analiza la Constitución de 1857, Pani expone la clave estructural de esa exclusión. Tanto en esta Constitución, como en las que la precedieron desde la federal de 1824, los derechos ciudadanos eran concedidos a los hombres. El rol de las mujeres en la sociedad era circunscrito a la economía familiar y vecinal, al trabajo doméstico y, también, al acompañamiento laico de la Iglesia en un largo periodo en que no hubo concordato entre Roma y la república mexicana.

Además de su función en la familia, en la Iglesia y en las guerras civiles, las mujeres fueron mucho más centrales en la vida económica del México independiente de lo que tradicionalmente se ha pensado. Historiadores como Irina Córdoba, Aurora Gómez y John Tutino han destacado la emergencia de un empresariado femenino en el Bajío y otras regiones de México a mediados del siglo XIX.

Pani menciona el caso de la guanajuatense Francisca de Paula Pérez Gálvez, propietaria de la famosa mina La Valenciana, y sostiene, siguiendo a Córdoba, que la actividad gerencial de las mujeres en el México decimonónico tuvo a su favor el Código de Comercio de 1854, relativamente laxo, vigente hasta 1889, que permitió a muchas mujeres impulsar pequeños negocios de comercio minorista.

La centralidad de las mujeres en el laicado, especialmente en las instituciones de beneficencia y caridad de la Iglesia, provocó una de las primeras intervenciones políticas de género cuando la propuesta inicial del artículo 15° de la Constitución liberal se acercó al principio de la tolerancia de cultos. Cientos de mujeres enviaron reclamaciones al Congreso Constituyente en contra de cualquier avance hacia la libertad religiosa, en una nación católica, ya que se abrirían las puertas al protestantismo y otras creencias heréticas, supersticiosas o impías.

Al debatirse en el mismo Congreso Constituyente los derechos fundamentales, Francisco de Paula Cendejas e Ignacio Ramírez, el Nigromante, propusieron extender las garantías ciudadanas a las mujeres. Una nueva andanada de cartas de señoras católicas llegó al Congreso en protesta, no en contra de la extensión de derechos, sino contra el tono anticlerical del Constituyente. Al final, la presión,

respaldada por la jerarquía eclesiástica, logró su objetivo y el artículo 15° fue rechazado.

Pani, que ha estudiado a fondo las guerras civiles en Estados Unidos y México, dedica capítulos convincentes a la participación de las mujeres en las campañas bélicas del liberalismo y el conservadurismo, durante la Guerra de Reforma, y del juarismo y el imperio durante la guerra contra la intervención francesa. Madres, hermanas y esposas cargaban con los niños y ancianos de la familia al campo de batalla y alimentaban a los soldados, curaban a los heridos y daban sepultura a sus muertos. Algunas, como Isidra Jijón de Manzano en Pochutla y María Nicolás en Tlaxiaco llegaron a combatir en cada bando. En Tehuantepec, la figura de Juana Cata unió el liderazgo empresarial, la filantropía benefactora y el compromiso con la causa liberal.

Como en toda guerra civil, fenómeno que Pani conoce muy bien, como prueba su brillante estudio *Torn asunder. Republican crisis and civil wars in the United States and Mexico, 1848-1867* (2025), hubo una simetría irreductible en aquel México partido en dos, que se expone a través de escenas de crueldad entre liberales y entre conservadores. Leonardo Márquez, por ejemplo, le dio una paliza a una costurera francesa que intentó auxiliar a heridos del bando liberal en Tacubaya. En Oaxaca, los liberales al mando de Porfirio Díaz propinaron cien latigazos a una mujer acusada de "espiar para el partido de la Iglesia".

La parte específicamente centrada en las mujeres durante el imperio de Maximiliano recurre a algunas memorias escritas por protagonistas y testigos de aquella experiencia como la condesa Paula Kolonitz, dama de compañía de la emperatriz Carlota, la princesa Inés de Salm-Salm, que intentó convencer a Porfirio Díaz y a Benito Juárez de que le perdonaran la vida a Maximiliano, la viajera y antropóloga estadounidense Sara Yorke Stevenson, y Concepción Lombardo, viuda de Miguel Miramón.

Todas ellas dejaron memorias del imperio, que Pani utiliza para reconstruir el mundo femenino que rodeaba a Maximiliano y Carlota, y también la forma en que se producía la socialización de aquel experimento político en las comunidades femeninas de México. Las biografías de aquellos personajes célebres, con vidas aventureras y exóticas, cuentan en el texto, pero el mayor peso de la reconstrucción está puesto en la interacción entre el imperio y las mujeres mexicanas.

Pani recuerda que Maximiliano y Carlota trasplantaron a México una corte y una casta nobiliaria, rescatando a los descendientes de la nobleza colonial. Carlota misma creó una red nobiliaria femenina, la llamada Orden Imperial de San Carlos, aunque le imprimió un sentido meritocrático. De los 194 nombramientos en dicha Orden, dice la historiadora, menos de la mitad pertenecía a casas reales o aristocráticas. Los emperadores instituyeron audiencias semanales y recibieron innumerables cartas de súbditas que reclamaban trabajos, indultos, ingreso al ejército imperial y hasta pensiones vitalicias, como la que solicitó una mujer que decía provenir de la nobleza azteca.

Carlota aparece aquí como una regente más activa que en otras visiones históricas o literarias del imperio. La dimensión liberal de esta época que Pani desarrolló en su libro *Para mexicanizar el Segundo Imperio* (2001), se trasmite a través del entusiasmo de la emperatriz con las leyes de 1865 y 1866 sobre la "libertad del trabajo de los jornaleros" y sobre el fundo legal de los pueblos, publicadas en náhuatl. Aquellas leyes, paradójicamente, no se inscribían tanto en el horizonte liberal de la generación juarista sino, como bien dice la historiadora, como algo a "medio camino entre la política paternalista de la monarquía católica y el agrarismo revolucionario".

Sin embargo, esos rasgos liberales, advierte la autora, no deberían entenderse como parte de una política pública más incluyente o garantista hacia las mujeres. El libro cierra con un brillante pasaje sobre el *Reglamento de la prostitución*, promulgado por el imperio en 1865, que intentaba normar las casas de citas toleradas y, a la vez, vigilar y fiscalizar a las así llamadas "mujeres públicas". El reglamento provocaría un efecto imprevisto, como de justicia poética, al propiciar un censo en que aquellas mujeres eran fotografiadas. Los 590 retratos producidos por el *Reglamento* muestran a mujeres elegantes y orgullosas, que sostenían la mirada dignamente a la cámara.

Estas escenas resumen muy bien el sentido de todo el libro: un retrato de la convivencia entre el imperio y las mujeres o de las mujeres bajo el imperio, donde el artefacto imperial busca reproducir su dominio y las mujeres encuentran la forma de domesticarlo, resistirlo o, simplemente, eludirlo. ~

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Breve historia de Cuba* (Los Libros de la Catarata, 2025).



POLÍTICA

Trumpismo, fase superior del neoliberalismo

por **David Medina Portillo**



Ángel Jaramillo Torres
DONALD TRUMP Y LA REBELIÓN EN LA GRANJA. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA DETRÁS DE LA "NUEVA DERECHA" NORTEAMERICANA
Ciudad de México, Aguilar, 2026, 232 pp.

No deja de sorprenderme la imagen de Trump celebrada por John Gray con ánimo, más que descriptivo, cínico. En una de sus columnas, el exliberal traza un retrato fantástico del presidente norteamericano dinamitando el orden occidental de la pos-Guerra Fría "montado en su carrito de golf, como un nuevo Napoleón en la batalla de Jena-Auerstedt". Tras la agudeza, cabe suponer el estallido de algunas carcajadas: "considerarlo un mero taumaturgo político, un hechicero de las redes sociales, es subestimar su relevancia histórica. Si así fuera, sería una anomalía, como les gustaría creer a los liberales. Pero seis meses después de su segunda investidura, no hay vuelta atrás al mundo previo a su llegada" ("Trump in the wilderness", *The New Statesman*, 30 de julio de 2025). Un año antes, en una conversación con Peter Thiel publicada por el mismo diario, el patrocinador tecnológico de Trump ya le había adelantado a Gray el mismo diagnóstico: "Tengo la impresión de que Tony Blair se encuentra atado a un pasado muy extraño que, evidentemente, ya no funciona. Es obvio que no podemos volver al tipo de globalización que él representaba, aunque nadie lo reconoce abiertamente."

Las anécdotas tienen que ver con el libro *Donald Trump y la rebelión en la granja. La ideología política detrás de la "nueva derecha" norteamericana*, de Ángel Jaramillo Torres. En estas páginas, el fundador de PayPal y Palantir es una figura de primer orden, al lado de otros ejemplares de la nueva derecha norteamericana como Steve Bannon, Curtis Yarvin, Nick Land, Patrick J. Deneen, Harry Jaffa, Michael Anton, etc., sobre los que Ángel Jaramillo traza una genealogía intelectual. Y es que, pese al aparente contrasentido tratándose de Trump y su círculo anti-intelectual, Ángel Jaramillo cree –como decía Richard M. Weaver– que las ideas *siempre* tienen consecuencias.

Antes de este volumen, Jaramillo editó junto con Marc Sable un libro precursor en el análisis del fenómeno: *Trump and political philosophy* (2018). Título con el raro mérito de haber sido reseñado casi inmediatamente por Michael Anton en las páginas de *Claremont Review of Books*. En efecto, Michael Anton, funcionario de seguridad nacional y de políticas públicas del gobierno de Trump en mandatos respectivos; quien bajo el seudónimo de Publius Decius Mus había escrito "The flight 93 election", un ensayo que se viralizó en los meses previos a la elección de 2016 y al que Mark Lilla no dudó en calificar como un "artículo en línea absolutamente desquiciado".

Donald Trump y la rebelión en la granja forma parte de la avalancha de libros, artículos y ensayos que, tras las elecciones norteamericanas de 2016, se han multiplicado para explicar el momento desde los ángulos más dispares. En ese espectro, distingo tres líneas generales, la de una izquierda académica (crecientemente radical) horrorizada ante la Nueva Derecha global; un frente liberal, circunspecto y ensimismado; más la propia Nueva Derecha no solo normalizada, sino triunfante y desafiante. Naturalmente, la primera es la más prolífica, con autores como Tariq Ali, Naomi Klein, Quinn Slobodian o Enzo Traverso, cuyos títulos reciben reconocimiento y crean escuelas. Tras la publicación de *Globalists. The end of empire and the birth of neoliberalism* y *Hayek's bastards*, por ejemplo, Slobodian recibió el National Book Critics Circle Award for Criticism en 2025. Por su parte, Traverso es una eminencia apapachada entre la izquierda académica latinoamericana y su libro *Las nuevas caras de la derecha* (2025) comparte con Slobodian la idea de que la extrema derecha populista (un adjetivo que enoja a Traverso) no es una ruptura con la larga noche neoliberal, sino su previsible culminación. Tanto para Traverso como para uno de sus émulos, Pablo Stefanoni, la amenaza que se cierne hoy mismo sobre Occidente es la variante más perniciosa que cualquier otra de la derecha posmoderna: su mutación fascista. De hecho, en su reciente libro, *Un fantasma recorre el mundo* (2026), Stefanoni aporrea las alarmas enumerando los nuevos rasgos del engendro, entre los que destaca, increíblemente, un "fascismo con sello *kosher*".

A veces los bestiarios hablan más de quien los traza que de la realidad que pretenden ilustrar. No es el caso de Jaramillo. Su caracterización de los



extremismos ideológicos del trumpismo es gráfica antes que prescriptiva o una caricatura –aunque el material se preste–. Y si tuviera que delimitar la ascendencia de *Donald Trump y la rebelión en la granja* diría que, en sus párrafos reflexivos, aspira a cierto liberalismo crítico como los retratos intelectuales de *The shipwrecked mind. On political reaction* (2016), de Mark Lilla, coordinado con panoramas ideológicos al estilo de Carlos Lozada, columnista de *The Washington Post* y de *The New York Times*, quien cometió la hazaña de leer "todos" los libros sobre Trump antes de escribir *What were we thinking. A brief intellectual history of the Trump era* (2020).

La estructura de *Donald Trump y la rebelión en la granja* se compone de dos amplias secciones: la primera con los perfiles intelectuales de figuras que Jaramillo estima necesarias para entender a Trump y su movimiento: Peter Thiel, Steve Bannon y Curtis Yarvin; en la segunda el autor analiza con detalle las corrientes de pensamiento que vertebran el trumpismo: la corriente straussiana de la Escuela de Claremont (con Harry Jaffa y Michael Anton), el posliberalismo católico encabezado por ideólogos como Patrick J. Deneen, más el NatCon, un nacionalismo cristiano con figuras politicorreligiosas enfocadas en la soberanía nacional, el proteccionismo y el antiglobalismo. De este entramado, las páginas más sugerentes corresponden a la Escuela de Claremont, examinando el magisterio de Leo Strauss sobre Harry Jaffa y de este sobre las subsiguientes generaciones del Claremont Institute, hasta llegar a Michael Anton. Sin duda, esta particularidad se explica no solo porque la tesis doctoral de Ángel Jaramillo fue sobre Strauss y por el hecho, ya lo dijimos, de que Michael Anton reseñó el primer libro de Jaramillo. La importancia de Anton es mayor que la de un oportuno pero limitado referente intelectual. Es un ideólogo clave en el Consejo de Seguridad Nacional y, junto con Stephen Miller, responsable directo de la política migratoria norteamericana –como sabemos, una de las más severas y agresivas en la historia norteamericana moderna.

El capítulo sobre Donald Trump como estratega empresarial es quizá el que menos entusiasmo puede despertar. En efecto, con base en *The art of the deal*, Ángel Jaramillo destaca la teatralidad de los negocios del actual presidente, quien presume con irritante frecuencia su capacidad sobrenatural para salirse con la suya y cerrar el mejor trato invariablemente a su favor. Cuando William F. Buckley Jr. escribió sobre las aspiraciones políticas de Trump en el 2000, creía que, si se le interrogaba, no tendría duda en responder que él, Donald Trump, era la mejor opción en cualquier coyuntura política. Porque la regla invariable de su política es ganar-ganar siempre: "Al mirar un vaso de agua, queda hipnotizado por su reflejo", ironiza Buckley. "Y si tuviera un aspecto un poco diferente, competiría incluso por miss América."

Paradójicamente, en este aspecto de Trump se halla la clave de los nuevos tiempos, según el autor de *The world under capitalism* (2025), Branko Milanovic. El economista coincide con las reflexiones de Slobodian en *Hayek's bastards* y discrepa de la idea de John Gray sobre una improbable ruptura con el orden de la pos-Guerra Fría. Trump no representa ninguna quiebra radical respecto de la larga noche neoliberal, sino que –muy al contrario– encabeza su culminación fatal.

Me parece que esta idea no debería resultarle descabellada a Ángel Jaramillo, quien en las conclusiones de *Donald Trump y la rebelión en la granja* sugiere entender al trumpismo como "una especie del pragmatismo económico estadounidense". El autor cita como ejemplo la estrategia norteamericana en Venezuela, en donde el trumpismo –afirma– "intentará que el país sea gobernado por una especie de CEO" dejando las decisiones importantes a Washington: "Es el modelo aplicado por los mongoles de la horda dorada en la Rus de Kiev, pero ahora con tecnología del siglo XXI." A este respecto, en "Trump as the ultimate triumph of neoliberalism" Milanovic cita la disyuntiva política de Mancur Olson entre el depredador sedentario y el saqueador nómada. En términos de política exterior, el neoliberalismo de Trump pertenecería al segundo caso. Antes los grandes negocios de la política y la economía se hacían tras un telón de discreción estricta con el que todos estaban de acuerdo. Ahora, gracias a la impudicia de Trump, se hace a la vista de todos. Según Milanovic, la relevancia histórica de Trump es haber desenmascarado la política: "Gracias a Trump pudimos ver la inmensa corrupción que subyace en el proceso político." Con argumentos similares, hemos escuchado a circunspectos lopezobradoristas normalizar la corrupción del actual régimen: siempre ha sido así. ~

DAVID MEDINA PORTILLO es poeta, ensayista y editor. Actualmente es *editor in-chief* de la revista bilingüe *Literal: Latin American Voices*.





CRÍTICA LITERARIA

El arte de leer demasiado

por **Carlos Burgos Jara**



Wilfrido H. Corral
NUEVA CARTOGRAFÍA OCCIDENTAL DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA
Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2025, 340 pp.

Hay una tendencia de la crítica que consiste en saber más que el escritor. La teoría tendría la última palabra y la literatura sería el lugar donde esa palabra se verifica. Wilfrido H. Corral desconfía de esa tradición. *Nueva cartografía occidental de la novela hispanoamericana* puede leerse, entre otras maneras, como una larga discusión contra la soberbia del crítico que llega a una novela sabiendo lo que va a encontrar.

La paradoja es que Corral sabe muchísimo. Tal vez demasiado. Ha leído novelas, desde luego, pero también cartas, ensayos, entrevistas, polémicas, reseñas, historias literarias y teorías de la novela. Se mueve entre tradiciones nacionales y lenguas con una libertad poco frecuente en una academia que lleva décadas perfeccionando el arte de la especialización. En Corral ocurre lo contrario: una novela ecuatoriana puede llevar a Lukács; Rama puede encontrarse con Moretti; una discusión sobre el *boom* obliga a volver sobre varios novelistas olvidados; Borges, Woolf, Bajtín o Bolaño pertenecen a una misma conversación porque alguien ha decidido que las fronteras disciplinarias o genéricas no son fronteras de la literatura.

De ahí la palabra *cartografía*. Todo mapa supone una política de la mirada: establece centros, periferias, caminos principales, regiones que apenas merecen un nombre. Corral no quiere abandonar el mapa occidental de la novela: quiere discutir quién lo ha dibujado.

Ese gesto atraviesa cada capítulo. La novela hispanoamericana no necesita ser rescatada de Occidente porque nunca estuvo fuera de él. Tampoco necesita ingresar como invitada tardía a una tradición europea ya constituida. Ha participado en esa tradición desde lugares excéntricos, modificándola. La diferencia parece pequeña, pero cambia el argumento: la periferia no es aquello que está fuera del mapa, sino el lugar desde donde el mapa puede verse de otra manera.

Por eso Corral desconfía tanto de dos operaciones aparentemente contrarias. La primera es el viejo provincialismo europeo que lee las literaturas latinoamericanas como derivaciones imperfectas o tardías. La segunda, cierto latinoamericanismo (mayoritariamente anglófono) que pretende defender su especificidad separándolas de las tradiciones occidentales con las que han dialogado siempre. Uno las coloca fuera por inferiores; el otro corre el riesgo de colocarlas fuera por diferentes. Corral sospecha que ambas operaciones pueden terminar produciendo el mismo aislamiento.

Pero hay otra discusión, quizá más importante, que recorre *Nueva cartografía*. Tiene que ver con quién posee el derecho de pensar la novela. Durante buena parte del siglo XX la teoría literaria occidental profesionalizó ese derecho. El novelista escribía y el crítico sabía lo que esa escritura significaba. Corral altera esa división del trabajo. Lee a los novelistas como críticos y a los críticos, a veces, como malos lectores.

Por eso el capítulo inicial sobre Ángel Rama ocupa un lugar decisivo. Sus "Diez problemas para el novelista latinoamericano" aparecen como una especie de teoría anterior a la teoría, una reflexión sobre la novela que todavía conserva el contacto con los problemas concretos de escribirla. Pero Corral encuentra esa inteligencia también en los propios novelistas: en prólogos, entrevistas, cartas, ensayos. No se trata de aceptar lo que un escritor dice sobre su obra. Los escritores se

equivocan sobre sus libros como cualquiera. Se trata de reconocer que la novela también produce teoría sobre sí misma. Ahí está una de las mejores intuiciones de Corral.

También ahí se entiende su irritación ante cierta crítica actual, verbigracia la de la nueva literatura mundial. Lo que le molesta no es la teoría (Corral elogia a Benjamin, Bessière, Said). Le molesta la teoría cuando deja de ser una pregunta y se convierte en una respuesta. Identidad, género, nación, subalternidad, colonialidad: el problema no está en esas categorías, sino en utilizarlas como una máquina en la que entra una novela y sale una conclusión prevista de antemano. Corral quiere devolver a la lectura algo elemental: la posibilidad de encontrar lo que uno no estaba buscando. Sus mejores capítulos hacen exactamente eso.

El dedicado a los ecuatorianos Pablo Palacio y Humberto Salvador es un buen ejemplo. Las historias literarias tienen una curiosa habilidad para transformar resultados contingentes en necesidades retrospectivas. Una vez establecido un canon, parece inevitable que quienes están dentro hayan terminado allí y que los olvidados hayan merecido su olvido. Corral desarma esa ilusión. Recuperar a Salvador no consiste simplemente en añadir un nombre a una lista. Consiste en preguntar qué relato sobre la vanguardia hizo posible recordar a Palacio y olvidar a Salvador. El olvidado, entonces, deja de ser una deuda del canon y se convierte en un instrumento para entender cómo funciona.

Algo parecido sucede con el capítulo sobre la novela total. La categoría suele conducir hacia los nombres esperables del *boom* y hacia una genealogía más o menos conocida de la ambición novelística latinoamericana. Corral encuentra otras líneas: Emar, Salvador, José Isaac de Diego Padró, Miguel Gutiérrez. Son autores que alteran la cronología. Lo interesante no es demostrar que hubo novelas totales antes o después de cuando creíamos. Lo interesante es que, al cambiar las piezas, cambia también la historia que permitía ordenarlas.

Hay algo admirablemente intempestivo en *Nueva cartografía occidental de la novela hispanoamericana*. Corral todavía cree que para hablar de literatura hay que haber leído mucha literatura. Parece una obviedad. Ya no lo es. También cree en el juicio. Sus afirmaciones pueden irritar porque no vienen protegidas por esa prudencia burocrática que ha convertido cierta escritura académica en el arte de no poder estar nunca completamente equivocado. Corral prefiere correr el riesgo. Jerarquiza, discute, recupera, descarta. A veces exagera. Pero una crítica incapaz de equivocarse probablemente tampoco sea capaz de descubrir demasiado.

Quizá esa sea la contradicción más productiva del libro. Corral escribe contra las totalizaciones, pero tiene una imaginación crítica totalizadora. Desconfía de los sistemas y al mismo tiempo quiere conectar todo con todo. Discute los mapas establecidos mientras dibuja uno nuevo. Y sabe, como debería saber cualquier cartógrafo, que ese mapa también será provisional.

Al final, el mérito de *Nueva cartografía* no consiste en ofrecernos una organización definitiva de la novela hispanoamericana. Sería contradictorio que lo hiciera. Consiste en recordarnos que toda organización puede rehacerse.

Un crítico reconoce un canon. Un buen crítico descubre sus omisiones. Los mejores entienden que las omisiones también forman parte del canon (Corral señala en este punto a autoras como Woolf, Lessing, Murdoch, Byatt y Harwicz). Aquello que una tradición no pudo leer dice tanto sobre ella como los libros que decidió conservar. Corral trabaja en esa zona. Por eso uno puede terminar el libro en desacuerdo con algunas de sus opiniones o cansado de alguna polémica. Pero también termina con algo mucho menos frecuente: una lista de autores y críticos que quiere leer y otra de novelas que creía conocer y ahora necesita volver a abrir.

No es un resultado o desafío menor. Después de tanta teoría sobre la novela, Corral consigue devolvernos a ella. ~

CARLOS BURGOS JARA (Guayaquil, Ecuador, 1976) es crítico literario y profesor de la Universidad de San Diego.

NOVELA

Con la música en la lengua

por **Libia Brenda**



Mito Reyes
KOPK POJ: EL ALIENTO DE LA MONTAÑA
Ciudad de México, Grijalbo, 2026, 236 pp.

Kopk poj: el aliento de la montaña es un nodo en el que convergen lenguas, dimensiones narrativas y temporales, elementos musicales, filiaciones literarias y distintas geografías. Encabalgado, sobre todo, entre el español y el "ayöök, el mixe de Anyukojm (Totontepec Mixe, Oaxaca, México)", su autor, Mito Reyes, sitúa la historia central en Santa María Jyajöma'am, vocablo que se puede entender como "Donde sea" o "Quién sabe dónde" y esa es, por sí misma, una de las claves sobre las que se ejecuta este libro. Lo primero que llama la atención es la forma de distribuir los segmentos que lo componen: en primera instancia hay dos espacios diegéticos que se van ramificando y entrelazando a lo largo de la novela; de un lado se hallan los capítulos jootm (interior: estómago o corazón) y del otro, los ni'kxm (exterior: superficie del cuerpo). En jootm, la narración descansa estilísticamente sobre distintos géneros musicales: inicia con un son, sigue una obertura y continúa

por otras formas varias hasta terminar en una serie de breves jarabes que son, a su vez, leyendas; estas formas pertenecen a la tradición de las bandas de aliento de la sierra mixe. En ni'kxm se hallan las pausas en las que la voz se vuelve metanarrativa y habla Ixyam (Hoy), quien reflexiona sobre la historia que estamos leyendo y las particularidades y retos que enfrenta como su posible demiurgo, situado entre el mundo literario y el opresivo universo del dolor físico que le provoca una enfermedad degenerativa; de hecho, su nombre completo es Ixyam Dolor (el 'Dolor de Hoy'). En las pausas en las que habita, Ixyam conversa en distintos momentos con dos mujeres: Kumaapa (la que sueña) y Jotvij (despierta), que representan el cariño fraterno y el amor de pareja; ambas relaciones están atravesadas por el padecimiento del enfermo postrado, lleno de una furia imposible de compartir.

Kopk poj está conformado por cajas chinas de impecable manufactura narrativa; a través de ellas transitan los mónidas: la familia del gran compositor Mónico González, esposo de Brígida y, posteriormente, de Carmen; padre de Filarmónico González y de Armonio González, este último, a su vez, padre de Monserrat. Esta breve épica ubicada en la sierra se cuenta a través de música, de pérdidas y de compromisos que no llegan a cumplirse, por medio de pasajes en los que se van develando los méritos y defectos de los integrantes de esta familia. De forma paralela, nos internamos en un tratado sobre el dolor que lleva la desesperación hasta sus últimas consecuencias.

Hijo y hermano mayor de los mónidas, Filarmónico, que en el nombre debía llevar el destino, es un talento incomparable, excelso... y malogrado. En cuanto aparece, primero a través de los ojos de su hermano Armonio, está echado sobre el pasto, pasando la cruda. Filarmónico tendría que haber sido designado el primogénito heredero, sin embargo, mientras que el padre era "el gran compositor Mónico González, de quien todos hemos escuchado o, mejor dicho, a quien todos hemos escuchado en alguna melodía", Fila es un borrachito simpático que parece no tener oficio ni beneficio. En una versión previa (en palabras del autor), este libro se titulaba *La filarmonáutica*, en referencia a *Las argonáuticas* de Apolonio de Rodas; aunque, de acuerdo con Ixyam, Apolonio de Rodas es episódico y "se pitorrea en la épica: su marco es heroico, pero sus héroes no. Jasón es accidental, memorable a pesar de sí mismo, débil, inseguro y marrullero". Descripción que podría adjudicarse también a esta novela y adjetivos que podrían asociarse con Filarmónico, el Jasón entrañable, chaparro y falible de esta historia.

A través de una progresión dramática y hasta trágica, tanto como humorística, con ritmos bien definidos en el lenguaje (en *los lenguajes*, aunque los pasajes en mixe, traducidos al español, le resultarán más sonoros y nítidos a quien tenga la fortuna de hablar y leer ambas lenguas), conocemos el destino de los personajes o de un momento señero de su vida o de lo que les sucede en la muerte, siguiendo el trazo de la literatura en la que ambos estados, estar vivo y estar muerto, pueden convivir y dialogar. Como dice Ixyam: "Pero sí voy a salpicar de mixe el español, así de por sí hablo. Con el permiso de nadie, voy a tartamudear y a balbucear en todos los idiomas que yo quiera, cuantimás en los míos."

Esta es una novela polifónica en más de un sentido; en ella se leen y escuchan las varias voces que narran y en ocasiones se interrumpen, se increpan o discuten entre sí (que se distinguen también a nivel tipográfico, con cambios en el tipo de letra): "¡Basta, Dolor odioso! ¡Interrupción impertinente! Lo que Filarmónico haya escrito, Mónico leído y tú interpretado escapa a mi registro. Peor todavía, a la misión que tú mismo me diste como Narrador." Esa polifonía también descansa en la multitud de melodías que se nos van revelando conforme avanza la lectura; incluso porque en un pasaje, una de las varias voces narrativas describe, cuenta, dibuja incluso los sonidos, las progresiones, las conversaciones de los instrumentos. Sus referencias, por otra parte, se entrelazan sin jerarquía: los fragmentos en ayöök conviven con menciones a otras obras en otras lenguas, en la misma medida en que hay frases y expresiones en inglés que se entretejen con palabras en alto élfico. Entre las varias filiaciones librescas, una de las más presentes es la línea que une *El aliento de la montaña* con la narrativa de Elena Garro, en especial en el manejo de un tiempo no lineal, no secuencial y convergente; lo mismo pasa con algunas dimensiones de realidades superpuestas: "escucha los murmullos de Carmelita, arrobada por el vapor saliendo de la olla de los tamales, entremezclándose con la neblina: 'La muerte es cuestión de alegría y tragazón. Los muertos también viven: vienen un ratito, se atascan de pöötsa [tipo especial de tamal] y se marchan, demasiado pronto. Es entonces cuando su aliento se vuelve niebla y nos envuelve, nos envuelve'". Además de un evidente aspecto poético y mítico (que proviene de varias fuentes, entre las cuales se cuentan las mitologías mixe y griega), Mito Reyes muestra y mezcla con increíble pericia esas alusiones con términos de física, menciones a James Joyce y a la lucha libre mexicana, invocaciones a Daniel Sada lo mismo que a Ricky Gervais, canciones de varias procedencias y, sobre todo, composiciones totontepecanas.

Y antes de ceder a la tentación de la solemnidad, al llamado de tomarse demasiado en serio o al canto de las sirenas de la grandilocuencia etnográfica, el autor apuntala esta novela con un humor mordaz lleno de ecos, como el hecho de que la patrona del pueblo sea "la Virgen de la Purísima Contradicción"; y narra armado con

una prosa fina que corre decantada sobre las piedras de su montaña: "Muda la casa observa, muda sobrevive. ¿A dónde fueron las chapas encendidas de Carmelita y sus canas amarillentas como luna menguante? ¿En qué mesas recalan ahora las notas y las culpas de Mónico? Los hijos padecieron el aliento de la vida y luego se liberaron de él, cada quien a su ritmo."

Otro tema que se entreteje en esta novela versa sobre la identidad. La obertura del segundo capítulo se titula "El deslenguamiento": "la preciosísima escenografía de la tragedia"; pero aquí, además, deslenguarse es doloroso y literal: "Armonio, cumpliendo el deseo de su padre, se arrancó de tajo la lengua, el pasado y la querencia. Volvió a su pueblo de visita en un puñado de ocasiones, no más. [...] Contaría con mucho orgullo su historia de progreso (y sufrimiento, que es lo mismo). Sería un mixe que se preciaba de serlo, pero más de haberlo dejado de ser, pero de serlo todavía a pesar de todo, pero más de haberlo superado: le heredaría a Mönse la pura irresolución identitaria."

Mito Reyes, doctor en literatura hispánica, pertenece a varios colectivos; es editor, académico, y escritor ayöök de Anyukojm, Totontepec Mixe; y aunque Santa María Jyajöma'am, el pueblo que imagina, *no es* Totontepec, también tiene allí sus raíces. En el vaivén del mar mixe se van enlazando las piezas que conforman esta novela: "La niebla –prima hermana de la lluvia y huésped asidua de la sierra– se retira del pueblo y se recuesta más abajo, en las cañadas y oquedades menos altivas. Entonces es posible divisar el mar mixe: ¡poo'p vinïts nëma'a! (Literalmente: *nubosidad blanca baja*. Así se le dice al fenómeno al que en español llaman *mar mixe*, cuando las nubes quedan bajo las montañas y, visto desde las comunidades, se asemejan a un mar de nubes)."

El *aliento* de este libro portentoso proviene de los instrumentos de viento, alude al aliento narrativo necesario para escribirlo, al soplo de la vida y el vaho de los muertos, a la niebla etílica que ofusca la mente de Filarmónico tanto como a la literal neblina de los montes; y se refiere también al espíritu (manifestado en su resuello) de una potestad suprahumana, cacariza e intransigente que lo mismo concede dones que imparte penitencias acorde con sus propias reglas, las de la Montaña. ~

LIBIA BRENDA es escritora, editora y traductora. Su libro más reciente es *Rizoma* (Letras Surfistas, 2026). En 2021 conformó Odo Ediciones (www.odoediciones.mx).

LIBRO DEL MES

NOVELA

Los dioses tienen hambre

por **Andrea Martínez Baracs**



Enrique Serna
EL DIOS HAMBRIENTO
Ciudad de México, Alfaguara, 2026, 632 pp.

El mundo mexicano prehispánico es un tema difícil para la ficción. Hay honrosas excepciones: recuerdo *El dios de la lluvia llora sobre Méjico*, de László Passuth (edición en húngaro, 1939; en español, muchas ediciones desde c. 1940), *El corazón de piedra verde*, de Salvador de Madariaga (1942), la pieza de teatro *Moctezuma II*, de Sergio Magaña (1953); *Cabeza de Vaca*, la extraordinaria película de Nicolás Echevarría (1991), *Apocalypto*, el film de Mel Gibson (2006), tan valioso como denostado en México, y recientemente la novela *Tu sueño imperios han sido* de Álvaro Enrigue (2022), sobre el encuentro de Moctezuma y Cortés. El nacionalismo mexicano, muy defensivo, es una de las razones de la dificultad. Otra es la extrañeza de ese mundo: la pintura facial y corporal, los autosacrificios, los sacerdotes vestidos de pieles humanas, su pelo largo cuajado de sangre seca, y, desde luego, la antropofagia. Agréguese una religión omnipresente y difícil de comprender. La tendencia es no pasar de las descripciones amables de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, del padre Bernardino de Sahagún: las fiestas y los dioses, las batallas, la pulcritud y el orden de los mercados, el calmécac, las adivinanzas, los poemas, las admoniciones de los ancianos, los rituales de las abuelas cuando se celebraba un nacimiento: hermosos retratos de una vida ordenada que reprodujeron obras canónicas como *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, de Jacques Soustelle (edición en francés, 1955; en español, 1956). Señalemos de paso que la sexualidad estaba casi ausente (aparece en canciones y algunos relatos sorprendentes). Darle vida novelesca a este mundo supone una familiaridad con él, para no incurrir continuamente en errores históricos garrafales. Posiblemente esto nos ocurre en México porque se estudia

muy poco en las escuelas este largo periodo de nuestra historia. Y particularmente no se enseñan las lenguas, comenzando con el náhuatl o el maya, que serían las principales. Entre un conocimiento muy superficial y otro en extremo complejo y por momentos hipotético, confinado a los pocos especialistas, es una tarea poco atractiva intentar habitar ese universo con cierta naturalidad. Otro problema es el siguiente: las teocracias mesoamericanas se complementan, en la imaginación literaria y en la percepción generalizada, con una idea racista del "indio". Como aparece por ejemplo en los escritos de D. H. Lawrence (*Mornings in Mexico*, 1927), el indio es un ser no solo analfabeta y silencioso, sino casi catatónico, casi no humano. En todo caso es el representante de la alteridad, de lo radicalmente diferente. Combínese esto con una religión cruel y tiránica y el resultado serán esas versiones "místicas" en exceso, hieráticas. O caes en el embrujo o te aburres de lo lindo.

La más reciente novela de Enrique Serna, *El dios hambriento*, recrea lo sucedido en el año 3 Conejo (1430): el ascenso del culto al dios guerrero Huitzilopochtli, que desplaza al más humanista Quetzalcóatl; ascenso que propicia Tlacaélel, el cihuacóatl (cargo inventado para darle poderes extraordinarios), que deforma a su favor la religión y la historia nahuas. Contra su versión ensangrentada del mundo figura el príncipe acolhua Nezahualcóyotl, poeta, arquitecto. En la novela, Tlacaélel es repulsivo y, entre más poderoso, más grotesco y ridículo. Nezahualcóyotl, por su parte, es víctima de sus dudas y, además, se siente condenado por un amor imposible.

La estrategia narrativa de Serna es triple. Por un lado, se documentó con las mejores lecturas, de modo que encontramos, bien integradas, las versiones más al día sobre todos los temas relativos. Al momento de adaptar los vocablos nahuas toma buenas decisiones, como quitar una ele en las palabras que terminan en "lli" (Serna utiliza "telpochcali" en vez de "telpochcalli") para que el lector no las pronuncie equivocadamente "ll" (como en "calle"). Se puede contrastar esta licencia con la decisión de Álvaro Enrigue de llamar "Tenoxtitlan" a la capital del imperio: "es solo que me gusta más cómo suena", se justificó. La che del español es la che en náhuatl y se pronuncian igual. Se escribe Tenochtitlan ("Entre las tunas") y se pronuncia Tenochtitlan, siendo la raíz *nochtli*, tuna.

En segundo lugar, Serna utiliza a su favor los mexicanismos de nuestro español –temascal, chalupas, totoles, jacales, huipiles, chapopote, chiquihuites, molcajetes, itacates, petates, la lista es larguísima–, para el amplio repertorio de elementos naturales, objetos y alimentos que sobreviven de esos tiempos remotos. Subraya una continuidad indudable y valiosa. Finalmente, apuesta por la noción de que existía una vida cotidiana, "humana, demasiado humana", como escribe citando a Nietzsche en su epílogo, y por considerar que la religión oficial, la religión popular, las creencias y las costumbres se adaptaban, como hoy día, como en todos lados, a los dictados de la conveniencia, la rutina, la política, las convenciones y las diferencias sociales. El resultado es una obra asentada en la cultura mesoamericana, ilustrada por muchos datos concretos, que no se siente impostada, y en la que no impera la religión. Y desde luego, fiel a su estilo, Serna incorpora en este relato la vida sexual, de todo tipo, incluyendo la visita del anciano rey Tezozómoc al burdel más apreciado, la Casa del Canto, tras la cual muere, dos días después: "quizá lo acaloramos demasiado, pues aunque tenía la cabeza intacta cuando lo hallaron muerto, adentro de su envoltura solo había un montón de ceniza", imagen que Serna adopta, con picardía, de los envoltorios sagrados mesoamericanos.

Hay de todo en la novela: escenas procaces, intriga, filosofía, poesía y amor, un mono disruptor, la profundidad mitológica e histórica de los códices y las tergiversaciones que impuso Tlacaélel a los tlacuilos, la vida cotidiana, la vida en los palacios, las esposas y concubinas de los señores, prostitutas, esclavos, mercaderes y sacerdotes, cautivos y gente de otras etnias, la religiosidad, los rituales y las supersticiones, los autosacrificios, los sacrificios humanos, la antropofagia. Y hay también una buena dosis de humor negro. Para celebrar su ascensión al rango de cihuacóatl, Tlacaélel organiza un banquete. En la mesa, los comensales refinados conversan acerca de qué carne humana es la más sabrosa: "no hay manjar más exquisito que el muslo de tlaxcalteca en chile guajillo", zanja uno. Pero Tlacaélel es mal querido hasta en la cocina, así que se produce un penoso incidente: "Caramba, miren lo que me encontré", dice otro, "y sacó de su caldo un dedo pulgar con la uña mugrosa". Pierden el apetito, el banquete termina siendo un fracaso.

En su epílogo, Serna me agradece haberlo ayudado con bibliografía y haber revisado el manuscrito para señalar lo que yo consideraría errores históricos. Es un pozo sin fin buscar la exactitud en semejantes recreaciones, y tampoco se requiere una policía que revise si cada rasgo mencionado, cada costumbre o expresión, son fidedignos. ¡Los especialistas no están de acuerdo ni siquiera sobre el significado del nombre Malinche! El objetivo sería tal vez que la obra sea verosímil, lo suficiente para que aparezca "sin costuras" al lector: es el mecanismo de la suspensión de la incredulidad. Michel Tournier, Marguerite Yourcenar, Mary Renault, tantos autores de novela histórica lo han logrado con excelencia. La novela de Enrique Serna, además de emocionante, variada y divertida, ofrece una inmersión muy concreta en el México del siglo XV. ~

ANDREA MARTÍNEZ BARACS es historiadora. Autora de *Un rebelde irlandés en la Nueva España* (Taurus, 2022). Dirige la Biblioteca Digital Mexicana.